
Hospitalidad en una noche de Ramadán

Sonó el timbre de la puerta.

—¡Ya están aquí! —gritó Abderrahim no pudiendo contener la emoción y los nervios.

—Tranquilo, bueno, por lo menos inténtalo —le sugirió el padre.

Mohamed abrió la puerta.

—¡Buenas tardes! ¡Bienvenidos a nuestra casa! Soy el padre de Abderrahim y me llamo Mohamed —les dijo de un tirón sin tan siquiera respirar.

—¡Buenas! ¡Muchas gracias! Yo soy Pedro y ésta es mi señora, Paula.

—Pasen, pasen ustedes.

—Gracias. Si no te importa nos tuteamos.

—Bien, encantado.

Al entrar al salón, Mohamed presentó a Aicha advirtiéndoles que no hablaba nada de español. Las madres se saludaron con dos besos pero se produjo un instante de confusión porque Aicha, según las costumbres marroquíes, intentó dar un tercero que Paula no entendía y después de retirarse se vio obligada a volver a besar. Las dos mujeres se echaron a reír lo que relajó de manera especial ese primer encuentro.

Se acomodaron alrededor de la mesa. Los niños ya habían desaparecido y tuvieron que llamarles para cenar.

—*¡Bismil-lah!* Siempre comenzamos a comer con esta expresión. Podéis comer de todo y si algo no os gusta, no os sintáis obligados —mientras Mohamed explicaba, Paula miraba la mesa con atención y sobre todo se fijaba en el vestido de Aicha—. Nosotros solemos comer con la mano derecha, vosotros tenéis vuestros platos y cubiertos, así que... ¡sin problemas!

—Bueno, ¿qué tal la nueva vida en España? —preguntó Pedro sin saber muy bien por dónde hilvanar la conversación.

—Poco a poco, es cuestión de tiempo, sobre todo para mi mujer. Los niños tienen facilidad para

adaptarse. Bueno, ya veis lo bien que se entienden Raúl y Abderrahim.

—Es verdad, parece mentira que con el poco tiempo que llevan juntos, se entiendan tan bien. Raúl habla constantemente de Abderrahim.

—Mi hijo ha tenido mucha suerte y se ha ido adaptando con más facilidad. ¡Perdón! —Mohamed interrumpió la conversación para ayudar a Aicha que venía con una sopera humeante de *harera*— Es una sopa como las vuestras. La tomamos siempre pero especialmente en Ramadán. Está hecha con fideos, garbanzos, tomate, carne que tenga hueso y bastantes especias. En muchas casas se abusa del picante pero le he dicho a Aicha que no echara mucho.

Pedro probó la primera cucharada y cerró la boca con rapidez al mismo tiempo que ahuecaba los carrillos removiendo la lengua. Estuvo a punto de llorar.

—¡Cuidado, que pela! -avisó a su familia.

—Es verdad, lo tomamos todo ardiendo. Echadle un poco de limón que le da mejor sabor.

Aicha dio un primer sorbo sonoro y largo. Raúl no pudo contener la risa y Pedro le avisó con la mirada. Abderrahim le miró con cara de no saber. Mohamed se dio cuenta y aclaró la situación.

—Sorber con ruido no es falta de educación en una mesa de marroquí. Tiene su explicación. Al tomar todo tan caliente, necesitamos dar grandes sorbidos para que el aire entre con fuerza en la boca y enfríe la comida. Ya sé que aquí no se ve bien pero...

Con la sopa iban mezclando los dulces y dando pellizcos pequeños a las *shubaquías* con lo que todos los sabores juntos, salado, agrio, dulce, picante, proporcionaban sensaciones nuevas a los invitados.

Pedro y Paula acabaron su tazón aprobando con gestos la sopa pero Raúl dejó casi todo lleno porque decía que tenía pimiento. Abderrahim y

Radia repitieron. Retiraron las tazas y Aicha apareció con una gran fuente de colores con una tapa de forma cónica. La dejó sobre la mesa y Mohamed la destapó. También humeaba.

—Es un *tayine* de cordero.

—Un ¿qué? —preguntó Paula.

—Un guiso de cordero pero con cosas que vosotros no soléis utilizar. Lleva ciruelas secas, almendras, pasas y, claro, las especias. También se mezclan los sabores. Nosotros lo comemos directamente en la fuente, vosotros podéis echaros en los platos.

—Esto sí que me gusta —le dijo Raúl a su amigo— pero ¿por qué lo coméis con las manos? ¿Y si las tenéis sucias?

—Ningún marroquí puede sentarse en la mesa sin lavarse las manos. Lo como así porque me resulta más fácil y no gastamos en cubiertos. Y mi padre no está haciendo lo que se suele hacer en Marruecos.

—¿Qué es?

—La persona más importante en la mesa suele seleccionar y escoger con los dedos los mejores trozos de carne para ponerlos en los platos de los convidados.

—¡Qué asco! —lo dijo bajito.

Radia se levantó para coger la botella del zumo, dio con el codo al vaso de Raúl quien recibió sobre sus pantalones todo el contenido. Se levantó de un salto y dio un golpe a la mesa con las dos rodillas haciendo tambalear los demás vasos y tirando dos de ellos.

—¡Hala, menos mal que no he sido yo...! —comentó Abderrahim.

—No pasa nada, tranquilos. Limpiaros bien y ya está —tranquilizó Mohamed a todos.

Paula, mientras iba comiendo, no apartaba los ojos de cualquier rincón de la casa observando la limpieza, el orden y sobre todo ciertos adornos decorativos que evidentemente eran de Marruecos. En un rincón y sobre una mesita pequeña pintada de flores, había un cacharro de alpaca de dos piezas, un recipiente y una gran tetera encima, dos bandejas doradas en las paredes y una, también de alpaca, al lado de la mesa.

—¿Para qué sirve eso tan bonito? —se dirigió a Aicha señalando la tetera blanca— ¡Ah, perdona, no me he dado cuenta que no hablas español!

—Sirve para lavarse las manos antes y después de las comidas —le contestó Mohamed mientras Aicha sonreía—. La señora de la casa acompañada de la criada pasa uno a uno por todos los invitados. Es un detalle de buen recibimiento y hospitalidad. Hoy casi está en desuso en las ciudades por el agua corriente, en el monte aún continuamos usándolo.

—¿Cuándo le toca a tu mujer? ¿Sabéis ya lo que va a ser? —continuó Paula.

—Creo que aún le faltan dos meses. Será una niña pero a Abderrahim no le hemos dicho nada para que no se lleve una desilusión, él quería un niño.

—Sí, ya habló con Raúl de ese tema. ¿Qué otras comidas típicas hay en Marruecos?

—Especialmente y sobre todas el *cus-cus* que viene a ser como el cocido madrileño vuestro, distintos tipos de *tayines*, el *mechui* o cordero asado, el pollo a la moruna... Pero me sorprende que haya muchos españoles que piensen que solamente tenemos comidas típicas, también comemos alubias, fideos, huevos, lentejas, verduras...

—A nosotros nos suena el *cus-cus* —comentó Pedro entonando una canción muy vieja que decía "El *cus-cus* que hacen los moros..." .

—Es la más tradicional para cualquier musulmán. Lo solemos comer los viernes, el día religioso de la semana, cuando nos juntamos casi toda la familia. Es sémola diminuta que se cuece al vapor en una *cuscusera*. Los hay de verduras, de carne de vaca, de pollo o de cordero. En muchos países musulmanes se come con las manos, también en el sur de Marruecos, pero nosotros lo comemos con cuchara. Aunque los hay en restaurantes, no tienen nada que ver con los que se hacen en las casas. Ten en cuenta que en preparar un buen *cus-cus*, Aicha puede echar toda la mañana.

—Me tenéis que dar la receta para hacerlo —dijo Paula.

—Primero lo coméis otro día aquí, en casa, y luego Aicha te explica todos los pasos.

Los tres niños jugaban con el balón que los padres de Raúl habían regalado a Abderrahim. Radia estaba de portera sobre su cama y los dos niños chutaban de cabeza anotando en una libreta los goles marcados. Radia no paraba ni uno.

—Esto es muy aburrido, siempre ganáis. Me voy.

—¡Y una mierda! Tú te quedas hasta que nos cansemos. Además voy perdiendo... —le replicó Abderrahim.

Mientras discutían los dos hermanos, Raúl abrió el armario y vio una chilaba de su tamaño, la cogió y se la puso.

—¿De quién es?

—¡Mía! —le contestó su amigo— ¡Te cae fenomenal! Espera te vas a poner las babuchas y el *tarbuz* también.

—¿El qué?

—El gorro rojo.

Una vez vestido de marroquí, Raúl se fue como una flecha hacia el espejo del armario y sonrió al verse tan distinto. No estaba tan mal. Lo de ser moro no era tan malo como se comentaba por el pueblo.

—Vamos a que te vean tus padres —le empujó Abderrahim saliendo él primero— ¡Atención, señoras y señores, Mulay Sultán Raúl ben Pedro malek del reino musulmán de este pueblo viene vestido y preparado para ir a rezar a la mezquita! ¡Cha, cha, chan...!

Los cuatro padres volvieron las cabezas al mismo tiempo mientras Paula lanzaba una carcajada.

—¡Anda, qué guapo vas! Pareces un mo..., un marroquí de verdad. ¿Vais así vestidos siempre?

—Depende —contestó Mohamed—, los días grandes de fiesta, los días de Rama-dán, cuando hay alguna visita especial, las bodas, los bautizos..., nos ponemos las mejores chilabas. Por la calle hay gente que utiliza otra clase de chilaba para los días de diario, sobre todo en los pueblos porque en las ciudades la gente viste como aquí, con sus vaqueros, chaquetas, chándal... Ahora, a partir de la guerra de Afganistán y de lo de Bin Laden, hay una fiebre por recuperar las vestimentas antiguas. Yo creo que es cuestión de tiempo y sobre todo de gente que no piensa con la cabeza. Ser buen musulmán o buen cristiano no es cuestión de lo que te pongas por fuera sino de lo que sientas por dentro.

—¡Es verdad! —confirmó Pedro.

Aicha, después de un buen rato en la cocina, salió con una bandeja en la que había una tetera y ocho vasos junto a dulces de diferentes formas.

Mohamed vertió un poco de té en uno de los vasos, lo probó y lo volvió a echar en la tetera removiéndola. Echó en todos los vasos y fue pasándolos uno a uno a cada uno de los invitados.

—¿Lo habéis probado alguna vez? —les preguntó.

—No, nunca. Yo he oído hablar del té con hierbabuena pero probarlo, nunca. Huele muy bien —dijo Pedro.

—¡Cuidado que también quema!

—Está bueno —Paula había dado el primer sorbo— pero está muy dulce.

—Nosotros lo tomamos bastante dulce.

Raúl lo probó e hizo una mueca de asco mientras los dos hermanos tenían sus vasos asidos por el borde y por el fondo para no quemarse. Volvieron a su habitación y Abderrahim enseñó a Raúl la forma marroquí de jugar al parchís.

En el salón ya se había roto la tirantez que produce la primera visita a casa ajena y Pedro se animó a preguntar.

—Mohamed, ¿por qué viniste a España?

—No vine voluntariamente, llegué obligado por la necesidad. Allí no tenía trabajo ni perspectiva de tenerlo. ¿Qué hacía yo con mi familia? Un primo que vive en Cáceres me animó y preparamos el viaje. Pagué 300.000 ptas de las de antes a las mafias y vine encerrado en unos catres en la furgoneta de un emigrante francés. Lo malo no fue el viaje, lo peor llegaría más tarde al buscar y aceptar trabajos sin papeles, sin contratos, con jornadas de sol a sol, con lluvia y frío, en chabolas, escapando de la guardia civil. Pero lo que más me dolía era la incomprensión de algunos españoles que sin saber nada de la situación de una persona, se atrevían a juzgar, a insultar, a marginar por el hecho de ser moro o porque la televisión daba datos de que la delincuencia aumentaba en España porque había muchos inmigrantes. Yo no venía a ser delincuente ni ladrón, yo llegué a España para que mi familia pudiera comer.

—Llevas razón, en mi fábrica he escuchado comentarios de ese tipo y tengo que decir que yo mismo he participado en ellos. Creo que os vemos diferentes, pensamos que nos vais a quitar el trabajo.

—Os equivocáis, nadie quita el trabajo a nadie. Date una vuelta por el pueblo, y mira que

hay marroquíes, y verás qué clase de trabajo tienen. ¿A cuántos españoles ves *currando* en el campo, de pastores, de guardas de noche, de criadas, en la construcción ...? ¿Os enteráis de cuánto nos pagan? ¿Sois conscientes del trabajo que nos cuesta encontrar casas de alquiler por el hecho de ser moros? ¡Y pagamos!

Pedro se fue sintiendo poco a poco peor al escuchar los argumentos serios de Moha-med. Paula permanecía callada y atenta.

—Llevas razón. Si no hubiese inmigrantes, no sé quién iba a hacer esos trabajos. Los españoles nos hemos vuelto tan señoritos que aunque estemos apuntados en el paro, rechazamos ofertas si no nos convienen. Además, lo he oído en la tele, los inmigrantes están engordando los números de afiliación a la Seguridad Social y serán los que paguen las jubilaciones de los que tienen más de cincuenta años porque la población activa española está descendiendo por la baja natalidad.

Paula probó un dulce redondo y esponjoso, lo saboreó y se dirigió instintivamente a Aicha.

—¿De qué está hecho? ¡Anda, qué tonta, otra vez! Mohamed hizo la traducción y él se encargó de contestar.

—Se llama *mluzza* y están hechos de almendra machacada, huevo y azúcar. Los ingredientes más usados por la mujer marroquí en todos los dulces son las almendras, los dátiles, el azúcar, el huevo, la manteca, el hojaldre hecho en casa, y todos son productos naturales. ¡Ah!, y los hacemos en nuestros hornos que están en las puertas de las casas del pueblo.

—Yo ya no puedo más —intervino Pedro—, la verdad es que son un poco empala... —¡Zas! se escuchó un ruido de cristales rotos en la habitación de los chicos.

Los cuatro se levantaron y al abrir la puerta vieron que los tres chicos estaban recogiendo con cuidado los cristales de la lámpara que aún se movía en el techo.

—He sido yo, papá —dijo Raúl con cara de haber roto más de un plato en su vida—, al dar un cabezazo al balón...

—No pasa nada —le tranquilizó Mohamed—. Lo importante es que no os hayáis cortado.

En la sala, Pedro miró el reloj.

—¡Ahí va, si es tardísimo! Nos tenemos que

ir.

—¿Ya? ¿Ahora que empezábamos a estar a gusto?

—Mañana hay que trabajar. Mohamed, dile a tu mujer que muchísimas gracias por todo. De verdad, nos alegramos mucho de haber venido.

—Nosotros también. Además, lo he hablado con mi mujer en la cocina, os invitamos a que conozcáis Marruecos, bueno, nuestro pueblo y los alrededores, este verano, en las vacaciones. Veréis en directo lo que os contaba antes.

—No te digo que no. Ya hablaremos cuando llegue el buen tiempo.

—¿De verdad vais a venir al pueblo? —saltó Abderrahim lleno de alegría y mirando a Raúl.

—¡Tranquilos! ¡Ya veremos!

Abderrahim se metió en la cama pero por más esfuerzos que hacía, no conseguía dormir. Su mente estaba ya en el pueblo con su amigo Raúl. Se colocó las dos manos debajo de la cabeza, sobre la almohada, y cerró con suavidad los ojos. Pasados unos minutos, los dos amigos estaban sentados debajo del árbol que había en la puerta de la escuela esperando la salida de sus amigos, "Bocarrotá" y Mohamed el de los pies torcidos. Abderrahim hacía figuras en la tierra con una rama seca y Raúl miraba con atención una yunta de burros que subía y bajaba por una ladera conducidos por un campesino.

—¿Qué están haciendo? —preguntó el español al marroquí.

—Estamos en época de siembra y están arando. El muchacho que va detrás de los animales va tirando la cebada. Ojalá llueva después, si no, todo se perderá y esa familia pasará hambre durante el verano.

Se oyó un alboroto de voces y gritos. Los niños salieron en tropel por la puerta del colegio. Bocarrotá sonrió al ver a Abderrahim y Mohamed se acercó a ellos suspendido en el aire, como si dispusiera de algún resorte mágico.

—¡Baja! —le indicó Abderrahim— ¿Por qué vas en volandas?

—Como tenía los pies mal, me llevaron mis padres a un *fkah* de Kenitra que tiene fama en Marruecos. Me dio unas hierbas y estuve durmiendo cuatro días. Cuando desperté, solamente con desearlo o pensarlo, me levantaba y podía ir

volando. A partir de ahora no me voy a llevar todos los palos de la gente cuando hagamos alguna picia.

—¿Esto solo pasa en Marruecos? —preguntó Raúl asombrado.

—¡Noooo! Yo los he visto en España —le contestó Abderrahim.

—Podíamos ir a la Cueva de los Milagros —les propuso "Bocarrotá".

—Está llena de murciélagos y chupan la sangre de las personas —le replicó Mohamed.

—¡Anda, miedoso, si a ti no te pueden hacer nada, vuelas como ellos —le dijo Bocarrota—. ¡Hala, vamos!

La entrada a la cueva estaba cubierta por una tupida telaraña sobre la que más de doce arañas situadas en círculo y con las bocas abiertas, daban palmadas haciendo un ruido ensordecedor.

—Son las guardianas de los misterios pero son inofensivas —aclaró Bocarrota mientras que con un palo largo rasgaba la tela para dejar libre el paso.

Se adentraron por un camino estrecho que cada vez se hacía más profundo. Todo los techos de roca de la cueva estaban ocultos por la gran profusión de murciélagos suspendidos que miraban hacia el suelo con los ojos abiertos y con sonrisas inexpresivas. Si la distancia entre el suelo y el techo se acortaba, los cuatro amigos tenían que inclinarse para no rozarlos. Los vampiros no se moverían hasta que uno de ellos comenzase el vuelo. Una rendija soltaba un tenue chorro de luz proporcionando un aspecto aún más mágico a la estancia.

—Mirad, hay un dragón bebé en ese rincón —les sorprendió Raúl.

—¿Dónde? —contestó Abderrahim.

—Justo detrás de ti.

—¡Ah, eso es una lagartija!

—No, no, las lagartijas no tienen cuernos sobre las narices ni abren la boca como ese bicho.

No había terminado la frase Raúl cuando el pequeño dragón soltó por sus narices un chorro de fuegos artificiales de todos los colores que envolvió a todo el grupo. Los cuatro se encogieron instintivamente pensando que era su último movimiento pero se sorprendieron mirándose unos a otros al comprobar que el disparo del animal no

les quemaba sino que les empaapaba de algo que no se veía pero que no era agua. Todos los murciélagos de la gruta comenzaron a aplaudir el ataque del otro animal juntando unas alas con las otras a un ritmo frenético que casi rompe los tímpanos de los oídos de los niños.

El camino se fue haciendo cada vez más estrecho hasta que llegar a una encrucijada de la que partían cuatro ramales más.

—Hay que tener mucho cuidado para no perdernos —advirtió Mohamed—. Lo mejor es que nos agarremos de las manos unos a los otros.

Raúl iba el último asido a la mano de Abderrahim. En una de las curvas de la senda, Raúl dio un tropezón, se escurrió y todo su cuerpo excepto su brazo se desgajó de la mano de Abderrahim quien no sintió la ausencia de su amigo. Raúl gritaba pero no le oía ninguno del grupo que se iba alejando cada vez más hasta hacerse invisibles.

—Raúl, ya queda poco para encontrar la otra salida de la cueva. No tengas... —Abderrahim no pudo acabar la frase porque al darse la vuelta para mirar a su amigo no vio más que el brazo de éste junto a su cuerpo—. ¡Eh, chicos, que Raúl se ha perdido!

Los otros dos se volvieron hacia Abderrahim sin mostrar aparente inquietud, como si todo fuese normal. Raúl, mientras tanto, descendía por un precipicio sin sentir vértigo, ingravido, como si no pesase, sin notar dolor en la parte de brazo que le faltaba. Al querer parar su caída, dio con la rodilla en un saliente húmedo y viscoso de la roca y arrastró a un grupo de murciélagos que levantaron el vuelo precipitadamente. Todos los demás los imitaron y la cueva se convirtió en un bullicio escandaloso de alas que iban y venían por todas partes. Uno de los murciélagos, al sentir y oler la sangre del hombro de Raúl, se adhirió a la herida como una gran ventosa y comenzó a succionar sangre que le iba resbalando por las comisuras de los labios. Todos los demás animales, al grito de "*¡al nazzarani, al nazzarani!*", se avalanzaron sobre él y lo cubrieron totalmente de cuerpos peludos y ojos penetrantes. Raúl continuaba sin sentir dolor, era agradable.

Abderrahim se agitaba con violencia tratando de ayudar a su amigo. Tiraba de las sábanas y de las

mantas para proteger y espantar a los murciélagos. Cuando se percató de que su amigo iba perdiendo imagen, que iba desapareciendo entre las alas de aquellos bichos peludos, se tapó la cara con las manos, abrió los ojos y comprobó que su habitación estaba como siempre. Miró la cama de su hermana y ésta dormía. Volvió a cerrar los ojos y todas las imágenes se le acumularon otra vez en sus pensamientos. Se levantó, bebió un vaso de agua y se metió otra vez en la cama.

